



Luis G. Martín

Escritor

Turismo inmigrante

Como todo el mundo sabe ya, el Partido Popular aprobó una Ley de Extranjería que fija un cupo de inmigrantes reconocidos legalmente y destierra a los demás al limbo de la inexistencia legal. A los primeros se les han dado papeles para que vivan con todos sus derechos en España. A los segundos, nada. El Partido Popular podría haber admitido que se les concedieran los papeles legalizadores a todos, como reclamaban algunos partidos de la oposición, varias ONGs y miles de ciudadanos, pero prefirió no hacerlo. Nadie acaba de saber muy bien por qué, puesto que al parecer, como el mismo Gobierno reconoce, no sobra mano de obra en los sectores que los inmigrantes alimentan. Será por provocar, únicamente.

Pero ahora, cuando la ley ha entrado en vigor con todo su vigor, comienzan a verse no sólo las injusticias que tenía dentro, sino la imbecilidad de quienes la aplican. Los ecuatorianos, numerosos, se encierran para reclamar una salida a su situación, y el secretario de Estado Enrique Fernández-Miranda, cuyo aspecto perpetuamente enfermo es tal vez una expresión de las turbiedades de su alma, les promete que si regresan a Ecuador y piden en el consulado español

el visado correspondiente para volver aquí, se lo darán sin ningún problema. Incluso se ofrece a pagar parte del billete de avión.

Es decir, no les da los papeles aquí, pero si se cruzan dos veces el océano y se gastan el dinero que no tienen, entrampándose aún más con las mafias que viven de las usuras de esos préstamos de viaje, entonces sí se los da. ¿No es más fácil, más barato y más rápido resolverlo todo en España? No es que yo desdeñe las formalidades ni que apruebe que alguien entre clandestinamente en un país. Pero montar ese circo con funambulistas para no dar el brazo a torcer parece casi una broma. Porque si de lo que se trata es de poner dificultades para justificar la negativa, podían dar los papeles -por ejemplo- sólo a los inmigrantes que le adivinaran a Carlos Sobera las 15 preguntas de Quiere usted ser millonario.

No digo todo esto sólo por afán de justicia, sino también por egoísmo: no quiero que Fernández-Miranda -que tiene siempre la cara amarilla, como si tuviera hepatitis o fuera un inmigrante chino- gaste una sola peseta de mis impuestos en financiar ese turismo de consulados. Que se emplee ese dinero en contratar inspectores de trabajo para vigilar las obras y las plantaciones agrícolas en las que se explota a los inmigrantes.